

FULGOR VIVO DE SOLES ENCENDIDOS.

RODOLFO GAONA

José Antonio Luna Alarcón

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP), Departamentos de Formación Humanística y de Literatura

Al maestro José Antonio Gaona y a su querida familia, corazones hospitalarios.

Tierra de magueyes y nopaleras, de barbechos en espera gris de mejores tiempos y cielos inmensamente azules cruzados por gavilanes aguerridos. Horizonte de volcanes, cumbres nevadas que derriten erupciones espasmódicas. Paisaje de remolinos que levantan el zacate y la polvareda. Tierra bravía y dulce. Tierra mágica de tradición mestiza, de ferias sincréticas con altares adornados de gladiolas donde se honra al Cristo crucificado, a las Vírgenes y a los santos patronos de cada ciudad y de cada pueblo. Salmos y letanías; campanas y palomas. Atrios en los que se danza como cuando se veneraba a los dioses indígenas. Chirimias, teponaxtles y caracoles que invocan al cruel Huitzilopochtli, divinidad de la guerra, dios del sol espléndido, colibrí sagrado. Danzantes multicolores que giran y saltan en remembranzas ancestrales. Cohetones que estremecen las nubes. Olor a pólvora, a cera, a flores, a moles y pipianes.

Y por la tarde, la plaza de toros, jubileo de morrillos y pitones, liturgia del parar, templar y mandar. No hay billetes. Muchachas morenas,

la sonrisa altiva, flores en el pelo, a la vera de hombres que huelen a tequila. Caleidoscopio multicolor y murmurante. Suenan los clarines. Qué Dios reparta suerte. Va a empezar el sacrificio mítico heredado, rito de belleza sublime y también de sangre, la de los toros y la de nuestros toreros. Taleguillas de oro, sacrificio del presente que entinta el color plumizo de las arenas. Tierra de lidiadores mestizos que se debaten entre la pirotecnia del quite colorido como nuestro México y la faena circumspecta, protocolaria como la añorada y querida España. Diestros que con su sensibilidad indígena acrecientan a la norma clásica.

Por cierto, ¿qué es lo clásico?. En el arte, es lo que hace referencia a los modelos culturales por excelencia de Occidente, es decir, aquella expresión estética que se fundamenta en Grecia y en Roma. Por lo tanto, aunque existen toreros que ejecutan con el oficio de un escultor griego y con la exquisitez de un poeta romano, la definición no ayuda a puntualizar lo que es toreo clásico. Podríamos valernos de otras disciplinas para hacerlo. Por ejemplo, la música clásica se cataloga como tal cuando se apega a la tradición litúrgica y secular. Pues, lo mismo: el toreo clásico es el que se apega a la liturgia taurina y que ha atravesado dos siglos sin hacerse obsoleto. Así como en el mundo de la ropa lo clásico es lo que no pasa de moda, toreo clásico es aquel que en lo estético y lo técnico, nunca se vuelve anacrónico. Fantasía, belleza y maestría en conjunción imperecedera.

Lo de las comparaciones de obras de diferentes disciplinas lo ha cuestionado Etienne Souriau, que en su libro *La correspondencia de las artes* apuntó: “Entre una estatua y un cuadro, entre un soneto y un ánfora, entre una catedral y una sinfonía: ¿hasta dónde habrán de llegar las semejanzas, las afinidades, las leyes comunes? Y ¿cuáles son también las diferencias que podrían decirse congénitas?” (7) Para él, la duda surgió en referencia a la cuestión estética, por eso, vale la compa-

ración de la disciplina del capote y la muleta con la música y las otras artes en la búsqueda de una definición del quehacer clásico.

En el arte del toreo, lo clásico se refiere a lo apegado a las tauromaquias, a lo tradicional y a lo reposado, en oposición a lo temerario, estruendoso y pinturero. Es la más desnuda manifestación del hecho de torear: tan técnico que el que lo observa, no alcanza a mirar la técnica, tan sincero que se intuye su profundidad. Sobrio en su apego a la norma, exaltado en su bellísima conjunción, sencillo y natural, pero soberbio, de expresión magnífica en su trazo. Temple de vuelo cadencioso, colocado el diestro siempre en el lugar exacto; poderoso y sutil en el manejo de la muñeca; enfático y serio en medio de la algarabía que es la fiesta. Valiente al embarcar cargando la suerte, los pies clavados en la arena en el momento del embroque, relajado el diestro en los riñones, cadencia en el toque de muleta, para no violentar la embestida y ganar en el estoicismo de la imagen conformada. Pulso hondo, ni una sola concesión ni un solo aspaviento, solo técnica imperceptible, movimiento sereno y valor torero, actuación de gravedad apabullante, sólido el maderamen, suaves los movimientos al henchir las velas, prodigiosa la belleza. En cuatro palabras: lidia de precioso calado.

El sustento del toreo clásico en una versión mexicana -si se me permite el atrevimiento-, lo podríamos encontrar en lo planteado por Wassily Kandinsky en su libro *De lo espiritual del arte*, que el deseo de exteriorizar se fundamenta en tres necesidades místicas. La primera, es la que se manifiesta a través de la personalidad: “El artista, como creador, ha de expresar lo que le es propio [...]” (59), o sea, en su obra han de emerger sus características personales, las que son su esencia.

La segunda necesidad mística expresada por Kandinsky es la que define al artista como hijo de su época, lo que enuncia que se manifiesta en relación a lo que es propio de su tiempo. El lapso y el lugar

en el que está inmerso son claves, porque, ya se sabe, tiempo, espacio y circunstancia son determinantes elementales en la definición del estilo.

En la tercera y última necesidad mística, el pintor ruso nombra al artista como un servidor del arte y luego, afirma que el creador ha de expresar lo que es propio del arte en general. Significa que debe enfatizar el “elemento de lo pura y eternamente artístico” cualidades que perviven universalmente sin importar quien crea ni en qué lugar y tampoco en qué época. (59)

A lo largo de la historia de la Tauromaquia, los toreros mexicanos de corte clásico han expresado lo que les ha sido propio según los rasgos de su personalidad, lo han conjuntado con los atributos característicos y el modo de ejecutar el toreo de su época y además, le han impreso el sabor de la escuela mexicana que, según el escritor y torero Carlos Hernández González en su libro *El Ranchero. Un gran torero. Un gran hombre*, consiste: “[...] en torear de capote o de muleta, con longitud, lentitud, profundidad y sentimiento.” (16) La escuela mexicana no tiene un canon, sino una necesidad mística de expresar exteriorizando la cosmovisión sincrética entre lo español y lo mexicano que cada intérprete lleva en su interior.

La cita merece una explicación más amplia. El mismo autor nos revela que la longitud consiste en prender al toro adelantando el brazo desde que entra en jurisdicción del torero y este lo despide hasta donde dé el largo de su extremidad. La lentitud -aclara que no es el temple es que el lidiador imponga al toro la velocidad en modo ralenti. La profundidad y el sentimiento van de la mano. No es otra cosa, que torear con autenticidad y tremendamente emocionado el diestro, contagiando a los espectadores las sensaciones vividas al estar expresando.

En este punto, se vuelve imprescindible mencionar que al estilo de toreo a la mexicana colabora, en gran parte, el toro criado en esta tierra, por lo general, de embestida lenta, noble -noble no quiere decir

boba, como en la actualidad confunden muchos- y la capacidad de repetir las acometidas una y otra vez, con movilidad y emoción.

Era menester mencionar todo lo anterior, para presentar al torero que marcó mi afición de la niñez y de la juventud, y que he admirado toda mi vida. Rodolfo Gaona no es el iniciador de la historia del toreo mexicano, antes está el español Bernardo Gaviño que, por el sincretismo del que ya hablamos, es -paradójicamente- uno de los pilares fundacionales del toreo de este país. Así es México y su historia, muy peculiar en sus diferentes etapas. Por decir algo, la Conquista fue hecha por los propios indígenas. Miles de totonacas, tlaxcaltecas y texcocanos, aliados con un poco más de seiscientos soldados ibéricos, fueron los que vencieron al imperio azteca. La consumación de la Conquista dio principio al Virreinato. Por cierto, este año se cumplen quinientos años de la llegada de Hernán Cortés a lo que hoy es México. Por otra parte, el final del Virreinato se dio con la Independencia. El levantamiento insurgente se debió a los criollos, es decir, a los hijos de los propios españoles.

No sólo a Gaviño, antes de empezar a hablar de las hazañas del gran maestro Rodolfo Gaona, debo mencionar a Lino Zamora que lidiaba en una mezcla de corrida de toros a la española y de jaripeo mexicano. También, es preciso nombrar al coleta bigotón Ponciano Díaz que además fue un gran charro y del mismo modo, a Vicente Segura, que fue matador de toros y general revolucionario. Todos ellos son pilares fundacionales.

Lo que sucede es que Rodolfo Gaona es, sin duda, el primero en darle a su quehacer un carácter verdaderamente apegado a la ortodoxia de la corrida española. Él es el personaje que inaugura el toreo mestizo con pureza clásica y, al haberse consagrado en España, es, también, el primer maestro mexicano universal del toreo. Después, lo

seguirán muy pocos, Luis Freg *Don valor*, Fermín Espinosa *Armillita* y Carlos Arruza.

Son la elegancia y la ortodoxia las virtudes que conducen a Rodolfo Gaona a universalizar el toreo mexicano y a adentrarse en ese capítulo de la Tauromaquia llamado la Época de Oro. ¿Qué lo llevó a colocarse a tan impresionante altura? Su personalidad, la ciega confianza en sí mismo, la elegancia natural con la que se desempeñaba en el ruedo, su técnica, sobre todo, su estilo tan particular y a la vez, apegado a las reglas clásicas. Todas estas características son las que determinan que el antiguo lance “de frente por detrás”, devenga, desde entonces y tal vez para siempre, en “gaonera”. Esos atributos tan personales del diestro leonés en las que se manifiesta su esencia indígena y española, son los que lo llevan a expresarse así, como no lo haría nadie más. La propuesta mística irreprimible del espada nacido en el Bajío, hace que la obra trascienda al intérprete.

En el lance que Rodolfo Gaona hizo suyo, más allá de la representación artística, traslució una manera de ser. Lo podemos disfrutar en las imágenes que se han conservado hasta nuestro tiempo mediante el vídeo. En su manera de torear no hay textura de ejecución fría, sino autenticidad que brota pausada, pero caudalosa. Apuntan sus biógrafos que para la gaonera, el Indio Grande citaba al toro con galanura y cuando el merengue se arrancaba, el diestro echaba hacia adelante la pierna de salida; a continuación, embarcaba la acometida y templaba estirando despacio el brazo que despedía el viaje, acompañando el trayecto del toro con la barbilla. Es que la interpretación sincera posee una gran fuerza creativa independiente del modelo original.

Como ya lo he mencionado, Kandinsky afirma que la época influye de algún modo en el acontecer del artista. El momento en la historia del toreo que le tocó vivir a Gaona fue de máximo brillo y trascendencia. Los antecedentes inmediatos a esa época revelan la tremenda impor-

tancia de lo que iba a devenir. Sin restar ningún mérito a los maestros precedentes, el culmen se va a construir con el toreo magistral, artístico y valeroso de Rafael Molina *Lagartijo*, que convirtió la lidia a secas en una manifestación de goce estético, junto con la ejecución poderosa y efectiva de Salvador Sánchez Povedano *Frascuero*. Ellos son los cimientos más firmes de la época venidera. En seguida, Rafael Guerra *Guerrita*, Ricardo Torres *Bombita* y Rafael González *Machaquito* aportaron la cadena estructural sobre la que José Gómez *Joselito*, Juan Belmonte y Rodolfo Gaona levantaron el templo de oro. Porque con apego a la justicia y a la precisión, debemos incluir al que menciono en tercer lugar como la otra piedra angular de la Época de Oro del Toreo.

Antes de defender los argumentos que sostienen esta afirmación, sería ingrato no empezar diciendo que fue Saturnino Frutos *Ojitos* el que adentró a Gaona por el camino clásico del toreo. Tiremos de la hebra que conduce al pasado. *Ojitos* fue banderillero de *Frascuero*, si este diestro era dominador, práctico y brillante en los quites, no es extraño que *Ojitos* enseñara a su alumno mexicano esa manera luminosa de ejecutar el toreo de capa. Por su parte, *Frascuero*, fue banderillero de Cayetano Sanz, que a su vez, fue alumno de José Antonio Calderón *Copita*, aficionado tan docto, que sus opiniones influenciaban al mismo Francisco Montes *Paquiro*. Esa es, nada menos, la base académica y artística de Rodolfo Gaona.

Asimismo, debemos reconocer la capacidad administrativa y taurina de Saturnino Frutos. El banderillero español tuvo el talento para descubrir al torero más grande que ha dado México. El azar habrá tenido que ver, pero mucho más influyó que *Ojitos* fue un visionario. No sólo quiso vivir de los espadas, sino que se dedicó a formarlos. Él fundó la primera escuela mexicana de toreros y la Cuadrilla Juvenil Mexicana. Según los biógrafos de Gaona -Ernesto Guillermo Padilla entre ellos- aseguran que *Ojitos* no se limitó a trocar rapaces atrabanca-

dos en matadores de toros, sino que con rigor quiso formar hombres de bien, personas educadas y sin vicios, que supieran alternar en sociedad.

Al punto, supo descubrir la valía y acto seguido, llevar la carrera artística de su principal discípulo. En sus presentaciones en México, Rodolfo Gaona causó muy buena impresión. Además de técnica depurada, poseía una personalidad arrolladora y una gran clase. Como novillero triunfó en la antigua Plaza México, en el Toreo de la Condesa y en Puebla de los Ángeles, mi ciudad, en la que, a principios del siglo veinte, era una obligación de los coletas conquistarla para ser considerados toreros importantes. Luego, *Ojitos* tuvo la inteligencia de llevarlo a España. Al emprender ese viaje, el que iba a ser llamado el Petronio del Toreo tenía ciento veintidós novilladas en su haber.

En marzo de 1908, llegaron a Madrid. La sagacidad del maestro Frutos le hizo rechazar todos los ofrecimientos para que el aspirante actuara en novilladas. Esa cualidad de *Ojitos* también le ayudó a conseguir las recomendaciones necesarias para ver a Indalecio Mosquera, empresario de la plaza de la capital española. Se enfrentaron a la negativa pertinaz del patrón. Pero, el coraje del torero mexicano y la audacia de su maestro los llevaron a comprar dos novillos y alquilar la plaza de Puerta de Hierro. Organizaron un festival y las invitaciones fueron entregadas a toreros, aficionados influyentes y a los críticos taurinos más importantes de la época, o sea, nada de recelos y temores como se estila en la actualidad, ellos lo hicieron a cara o cruz jugándose el todo por el todo. El espada americano obtuvo un triunfo contundente, mostró su clasicismo y mató con pureza, sin embargo, a Mosquera eso no lo conmovió.

Ante la negativa, el brillante táctico *Ojitos* ideó una corrida formal para que su discípulo recibiera la alternativa. Fue en Tetuán de las Victorias el treinta y uno de mayo de 1908. Se lidiaron cuatro toros de Basilio Peñalver con el fin de que Manuel Lara *Jerezano* doctorara

al aspirante nacido en León, estado de Guanajuato. El toro se llamó “Rabanero”. Este segundo éxito tampoco tuvo el impacto planeado, por ello, un mes después, el veintiocho de junio, Gaona volvió a actuar, esta vez en solitario, para matar cuatro ejemplares de la misma ganadería. Por fin, Indalecio Mosquera tuvo que ceder. La confirmación de la alternativa en Madrid se llevó a cabo el cinco de julio de ese año. La ganadería fue la de Juan González Nandín, el cornúpeta llevaba por nombre “Gordito” y permitió un triunfo discreto pero categórico. Así, se iniciaba la gloria del Indio Grande.

El palmarés de Gaona es insigne. Por enumerar algunos de los aspectos más sobresalientes destacaré por ejemplo, que una misma temporada actuó ocho veces en Madrid. Cito al historiador Francisco Coello que en la página electrónica *Aportaciones históricas, taurinas mexicanas*, dice: “Su célebre faena -a lo clásico- al toro “Desesperado” ocurrida el 21 de abril de 1912 en Sevilla, dejó profundas huellas debido a que no se trató de una tarde más. De aquella obra emanó un ejercicio espiritual paradigmático que permitió a Gaona la difícil gesta de 8 tardes seguidas en Madrid ese mismo año, como demostración y afirmación de sus capacidades todas”.

A su vez, Rodolfo Gaona tiene el gran mérito de haber ejercido su profesión en tres épocas importantísimas del toreo y en todas se destacó como figura. En la primera, alternó con toreros emblemáticos de la talla de *Bombita*, *Machaquito*, Vicente Segura, Antonio Montes, Antonio Fuentes, Manuel Granero, Vicente Pastor, Manuel Mejías Bienvenida y Rafael Gómez *El Gallo*, entre otros. A continuación, vino la Época de Oro. El mexicano estuvo a la altura de José Gómez *Joselito* y de Juan Belmonte. La afirmación no es superficial, se fundamenta en el número de veces que alternaron los tres y en las que triunfaron arrasando, además del celo profesional provocado a *Joselito*. En la última etapa, su nombre fue colgado en los carteles junto a los de Ignacio Sán-

chez Mejías, Manuel Jiménez *Chicuelo*, Juan Silveti, Marcial Lalanda y otros más.

Haber triunfado en México y en España también es un laurel, porque Gaona toreó todos los encastes que existían en su época; alternó -como se dijo en el párrafo anterior- con lo más granado, convenció a los públicos más disímolos, a los críticos más severos -aunque algunos se empeñaron en atacarlo- y durante toda su carrera fue requerido por los empresarios más importantes.

Según el periodista *Uno al sesgo*, en su texto *Los ases del toreo. Rodolfo Gaona*, de 1908 a 1920, el matador mexicano participó en quinientas veintidós corridas en España. Una cantidad impresionante si consideramos lo que a lo largo de la historia, los diestros mexicanos han actuado en la Península. Aunque, como todos los grandes toreros, estuvo expuesto a las críticas más duras y así lo trata *Uno al sesgo*. La magnificencia de Gaona es incuestionable y no habla mi identidad mexicana, sino el reconocimiento a la valía de un grande del toreo, haya nacido donde haya nacido. El que firma este texto profesa la creencia de que el arte no sabe de fronteras.

Como ya se dijo, otro aspecto fue el haber encendido la rivalidad de *Joselito*. Faenas y osadías de los dos conducían al delirio, la disputa por el cetro del toreo contra el mejor torero de la historia fue tremenda y sin tregua.

En cuanto a su desempeño, fue un maestro dominador y artista muy elegante. El escritor Enrique Guarner, en su libro *Historia del toreo en México*, afirma: “Artísticamente, Rodolfo Gaona fue un torero completo. Con el capote fue muy largo. Sabía quebrar de rodillas. Realizaba quites variados: navarras, tijerillas y toda suerte de largas. Era clásico en sus verónicas, si bien entonces no se bajaban las manos.” (115). Después, nos dice que el repertorio en banderillas era variado. También

afirma que la muleta poderosa del maestro mexicano lo llevaba a poder con todos los toros y a lidiar con gran belleza y mucha elegancia.

En cuanto a la *Época de Oro*, no son las marcas estadísticas rotas por los tres magníficos lo que va a ser un parteaguas, sino que la tercia señala la cúspide. *Joselito* con su técnica depurada, Belmonte al haber revolucionado esa técnica y Gaona al haberle sumado la máxima elegancia. Ellos reunieron en sus tauromaquias toda el arte acrisolado de su tiempo y aportaron innovaciones de suma importancia. Además, cada uno pondera la ligazón como característica imprescindible de los nuevos tiempos. Revolucionan el goce estético que señaló una nueva concepción del toreo sin haber afectado la ejecución de pureza clásica y esto es lo más importante aun reconociendo las aportaciones belmontinas.

Por todo lo escrito, reafirmo que el torero de León, Guanajuato, más allá de cualquier nacionalismo discriminador, debe ser considerado un integrante de la *Época de Oro*, de la misma forma que *Gallito* y Belmonte. Además, si no es español, gracias a la fusión de las dos culturas y al mestizaje, sí es hispano.

Decidí escribir sobre Rodolfo Gaona a pesar de nunca haberlo visto torear y al que sólo conozco en vídeos y fotografías. Él es el torero que más ha influido en mi afición. Sé que es probable que hayan habido diestros con una técnica más depurada o con un estilo más exquisito, puede que más valientes, pero ninguno tan completo en lo clásico, elegante y artista. En su arte, Gaona llevaba la esencia de México, es decir, la sangre mezclada de los guerreros águila con la de los conquistadores españoles; la sensible inspiración combinada de poetas andaluces y texcocanos, el sentimiento de abnegación de los indígenas, ligado al solemne clasicismo español.

Si Rodolfo Gaona marcó mi niñez y mi juventud taurina, fue, una parte, por lo leído y también, por lo que escuché contar a taurinos

de prosapia, entre ellos, el padre de mi madre, cuando me relataba orgulloso el “gaonismo” de mi bisabuelo. Aquel hombre de afición singular, que dejaba el pueblito en la sierra de Hidalgo y viajaba a la ciudad de México, para asistir a las corridas en las que actuaba Gaona. Siempre volvía emocionado a contar las maravillas toreras que había visto. Estoy hablando de tiempos en los que para llegar a la estación del tren, se tenían que hacer antes dos jornadas a caballo al borde de los desfiladeros de la sierra. Arroyos eternos que se despeñan y huellas de herradura en el lodo del camino. A veces, fulgor vivo de soles encendidos, a veces, llovizna pertinaz y nieblas que se meten a los huesos. Me queda claro que por ver al pontífice del toreo, cualquier afán era poca cosa. Así, aprendí a venerarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Coello Ugalde, José Francisco. “Rodolfo Gaona en verso”. *Aportaciones Histórico Taurinas Mexicanas*. 22 ene. 2016. Web. 29 oct. 2018 <https://ahtm.wordpress.com/2016/01/22/rodolfo-gaona-en-verso/>.
- Cossío, José María de. “Inventario biográfico de diestros que han pisado los ruedos.” Tomo III. *Los toros. Tratado Técnico e Histórico*. Madrid: Espasa –Calpe, 1943.
- Guarner, Enrique. *Historia del toreo en México*. México: Editorial Diana, 1979.
- Hernández, Carlos. *El Ranchero. Un gran torero. Un gran hombre*. México: Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2015.
- Kandinsky, Wassily. *De lo espiritual del arte*. México: Ediciones Coyoacan, 2007.
- Orts Ramos, Tomás Uno al sesgo. “Los ases del toreo. Rodolfo Gaona.” *Biblioteca digital de Castilla y León*. Junta de Castilla y León. 2011. Web. 11 dic. 2018 <http://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=16317>.

Souriau, Etienne. *La correspondencia de las artes. Elementos de estética comparada*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.